69.23
Ar3h
1918

EL HOMBRE

QUE

PARECÍA UN CABALLO

POR

RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ

EDICIONES SARMIENTO
CUADERNO 14
SAN JOSÉ DE COSTA RICA, C. A.
1918

BIBLIOTECA CALLEJA

PRIMERA SERIE

Obras publicadas (Ediciones en rústica)

Azorín: *Parlamentarismo español*....	3-50	Ptas.
Juan Ramón Jiménez: *Diario de un poeta recién casado*.	3-50	»
Platero y Yo.....	3-50	»
Estío.....	3-50	»
Sonetos espirituales.....	3-50	»
Ricardo de Orueta: *Berruguete y su obra*	10-00	»
G. K. Chesterton: *Ortodoxia*.... ...	3-50	»
P. Savy López: *Cervantes*.....	3-50	»
Rodrigo Zárate: *España y América*..	3-50	»
J. Mia Salaverría: *El poema de la Pampa*.....	4-00	»
J. Moreno Villa: *Evoluciones*..	4-00	»
Andrenio: *Novelas y novelitas*.....	4-50	»
T. Esquivel Obregón: *Influencia de España y los Estados Unidos sobre México*.....	5-00	»
Julio Casares: *Crítica efímera*.....		
R. Pérez de Ayala: *Política y Toros*..		

Ediciones de «LA LECTURA»

CLÁSICOS CASTELLANOS

ÚLTIMOS TOMOS PUBLICADOS:

A 3 Ptas. el tomo en rústica, a 4 Ptas. el tomo en tela y a 5 Ptas. el tomo en piel.

Nº 30.—Nieremberg: *Epistolario*. Prólogo y notas de don Narciso Alonso Cortés.

Nº 31 y 34.—Quevedo: *Los sueños*. Prólogo y notas de don Julio Cejador.

Nº 32.—Moreto: *Teatro. (El lindo don Diego* y *El*

LIBRARY
UNIVERSITY OF ILLINOIS
URBANA

EDICIONES SARMIENTO

CUADERNO 14

UNIVERSITY OF MINNESOTA
LIBRARY

Porfirio Barba Jacob
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

EL HOMBRE

QUE

PARECÍA UN CABALLO

POR

RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ

IMPRENTA ALSINA
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.
1918

UNIVERSITY OF CALIFORNIA
LIBRARY

869.23
Ar3h
1918

COLLEGE
LIBRARY
URBANA.

DEDICATORIA

A la señora Sofía de Samayoa y Romelia Rubio, respetuosamente ofrece este libro

EL AUTOR.

p 43618

EL HOMBRE QUE PARECÍA UN CABALLO

Con este nombre—ya singularmente sugestivo—ha publicado Rafael Arévalo Martínez una pequeña novela, o mejor dicho, un cuento, que acabo de leer con la más profunda emoción. Diré antes de pasar adelante, que la obra es de una belleza y una intensidad extraordinarias: para encontrar algo superior en la historia de la fantasía, y especialmente en los campos de la novela psicológica, sería necesario subir hasta Poe, hasta Peter Altemberg, hasta Barbey d'Aurevilly. Dicho está, por tanto, que la creación del poeta de Guatemala más bien acusa los destellos del genio que las manifestaciones del talento cuotidiano.

No significa esto, de ningún modo, que no sea posible señalar algunos lunares. El estilo está lleno de novedad, de gracia, de movimiento, de armonía; pero de vez en cuando aparece un vocablo mal empleado, un giro disonante, un error de sintaxis. Es tanta, sin embargo, y tan estupenda la hermosura del conjunto, que estos mínimos detalles se funden en ella, y como que desaparecen ante la vista del lector conturbado.

La obra, que se editó en una provincia de Guatemala, no ha dejado de suscitar en aquel país

ruidosas y aun acres polémicas. ¿Por qué? Porque el protagonista de ella, es decir, *el hombre que parecía un caballo*, no es un personaje puramente fantástico, sino un individuo de carne y hueso, que vivió en Guatemala, a quien trataron los intelectuales, y a quien ahora reconocen fácilmente en el libro de Arévalo Martínez.

Y como del perspicaz estudio del poeta resulta que hay en el protagonista muchos rasgos que quizás no sean reflejo de la realidad psicológica, y aun otros que no hacen favor al modelo, desde el punto de vista de la moral humana, los colegas y defensores de éste acusan a Arévalo de haber desfigurado hechos profundos, y de cometer el feo delito de infidencia para con aquel que fué su amigo y que, en el seno de la amistad, le hizo confesiones cuyo secreto no debió revelar quien estaba obligado a conservarlo.

Creo que yerran lamentablemente, por falta de amplitud, por cortedad de alcances, por prejuicios estériles, quienes suben a estas colinas de la insignificancia para medir los horizontes que descubre la breve e intensa novela. ¡No! Reivindiquemos para el artista, una radiante y soberana libertad. Si hubo infidencia, allá él, en lo íntimo de su alma: ¿ni quién puede erigirse en juez ante una obra que acaba de brotar del caos, como una montaña de plata del seno de los mares?

Por lo que atañe a la fidelidad, a la estricta fidelidad de la copia, tampoco hay que hacer objeciones a Arévalo. Él mismo—me parece a mí—no pretenderá haber aprisionado en las páginas admirables de su creación la verdad absoluta con res-

pecto al hombre a quien tomó como asunto de la obra. «La verdad única, absoluta, murió anoche a las once en punto»—dice el *Peer Gynt* ibseniano en un sentido que no está mal recordar aquí. Winckelmann asegura que el arte de representar un alma grande supera en dificultades al arte de pintar un bello cuerpo; y ya antes había enseñado Montaigne—con palabras que me son especialmente caras—que el hombre es cosa vana, variable y ondulante, y que es difícil formar sobre él juicio durable y uniforme...

Pretender que hemos aprisionado, en la materialidad precaria de los vocablos, los múltiples giros de un alma con sus exaltaciones y sus abatimientos, su esperanza y sus desmayos, sus certidumbres divinas y sus miserias ineluctables, tanto valdría como pretender que las rayas negras de un lápiz copiaran, en exigua superficie, la gama de colores, matices e insinuaciones de matices de una aurora boreal o de un fugaz crepúsculo de los trópicos.

Lo que ocurre cuando se afronta la copia de un ser moral, es que se crea otro. Este hombre que parecía un caballo, tal como lo ha descrito Arévalo Martínez, difiere tanto del hombre real que sirvió de modelo al novelista—y con tan radicales diferencias—como la fuerza desatada y eterna de un rayo, que es algo vivo, palpitante, luminoso y terrible, difiere del espectro inmóvil, innocuo, frío e ineficaz que la fotografía conserva de ese mismo rayo.

El señor de los topacios, cuya vida de un día—juzgada por datos que pudieron inducir a errores fundamentales—fijó o quiso fijar Arévalo Martínez,

tiene un alma viva, cambiante, múltiplemente sacudida, que habrá seguido moviéndose en giros innumerables, en la eterna rotación de las almas en torno de su centro común que es Dios.

No puedo prolongar mi apostilla bibliográfica para decir todos los pensamientos que me sugiere la perturbadora novelita de mi amigo guatemalteco: necesitaría publicar un libro—y ya lo estoy escribiendo—para discurrir largamente a propósito de un tema que me ha causado tan vivas inquietudes espirituales.

***

Lo que sirve de médula a la extraña obra de Arévalo, no es otra cosa que un simple proceso de cristalización y descristalización de su entusiasmo por el señor de los topacios. Cuando lo conoce y lo trata, se deslumbra ante la profundidad de este espíritu, ante su riqueza, ante su palabra, que le da las más vívidas vislumbres de Dios. Pero he aquí que va sorprendiendo en él, ahora una, luego otra y otra obscuridad: ¡es la sombra del caballo, que se proyecta en la radiante luz del ángel! Hasta que llega el día final, en que, rechazado por el monstruo, le ve alejarse por el desierto con rostro de hombre y cuerpo de bestia, como el centauro de la vieja mitología.

Este proceso de cristalización y descristalización constituye, sin duda, uno de los más eficaces recursos de que dispone la novela psicológica contemporánea, considerada desde que nace entre las manos de Madame Lafayette, de Stendhal y de

Balzac; y alcanza su perfección más asombrosa en una obra de nuestro tiempo: en la *Marie de Sainte-Heureuse*, de Enrique Bidou, tan perspicazmente juzgada por Faguet.

La novedad del relato de Arévalo Martínez consiste en el hálito de misterio que atraviesa las breves páginas, y en los inauditos recursos verbales de que se sirve para hacérnoslo advertir bellamente.

RICARDO ARENALES

Julio, 1915.
(El Fígaro. Habana).

Donde quiera se hallarán fragmentos de hombre: tal tiene de hombre el andar, pero no el obrar; tal tiene de hombre el toser, pero no el masticar. *El hombre que parecía un caballo* y *El Trovador Colombiano*, estas preciosas novelas del guatemalteco Arévalo Martínez, contienen una observación genial. Aretal el caballo y Franco el perro son los tipos humanos que más abundan. Difícil hallar la camisa de un hombre feliz, porque a lo mejor resulta que el único hombre feliz no tiene camisa. Tan difícil, casi, es hallar, entre los semi-hombres, a Andrenio el hombre, a Andrenio el hombre normal. Asomémonos, con Monsieur de Phocas, al palco del mundo: veamos, señor de Phocas, ¿qué nos cuenta usted? Que tiene la obsesión de las máscaras, y lo primero que le impresiona, en sus encuentros humanos, es la semejanza de los hombres con los animales. No le falta razón: la marquesa de Sarléze parece cigüeña; pero es que no es mujer, sino cigüeña-mujer. Aquella pianista

medio desnuda que alarga el cuello, parece una cordera balando, porque lo es a medias. De Tramsel tiene del zorro algo más que el hocico astuto. El novelista Mirau, algo más de hiena que las fauces. Y todas esas damas, verdaderas flores de la sociedad, son otras tantas vacas rumiantes, mezcladas con algunas aves carniceras. Y si no temiésemos que el señor de Phocas siguiera abusando de la valeriana para calmar sus nervios, aún le haríamos ver lo que los hombres tienen de árboles y de minerales, de diamantes y de ladrillos de turba, de feldespatos y de crisoberilos; y como en cierta revista de variedades, le enseñaríamos la *Enredadera*, el *Huele de Noche*, el *No-me-Olvides*, la *Espuela de Caballero* y la *Sensitiva*. Porque nada hay más extraño que el Andrenio puro.

ALFONSO REYES

(*El Suicida*. Madrid MCMXVII).

El hombre que parecía un caballo

En el momento en que nos presentaron, estaba en un extremo de la habitación, con la cabeza ladeada, como acostumbran a estar los caballos, y con aire de no fijarse en lo que pasaba a su alrededor. Tenía los miembros duros, largos y enjutos, extrañamente recogidos, tal como los de uno de los protagonistas en una ilustración inglesa del libro de Gulliver. Pero mi impresión de que aquel hombre se asemejaba por misterioso modo a un caballo, no fué obtenida entonces sino de una manera subconciente, que acaso nunca surgiese a la vida plena del conocimiento, si mi anormal contacto con el héroe de esta historia no se hubiese prolongado.

En esa misma pristina escena de nuestra presentación, empezó el señor de Aretal a desprenderse, para obsequiarnos, de los traslúcidos collares de ópalos, de amatistas, de esmeraldas y de carbunclos que consti-

tuían su íntimo tesoro. En un principio de deslumbramiento, yo me tendí todo, yo me extendí todo, como una gran sábana blanca, para hacer mayor mi superficie de contacto con el generoso donante. Las antenas de mi alma se dilataban, lo palpaban, y volvían trémulas y conmovidas y regocijadas a darme la buena nueva:—«Este es el hombre que esperabas; este es el hombre por el que te asomabas a todas las almas desconocidas, porque ya tu intuición te había afirmado que un día serías enriquecido por el advenimiento de un ser único. La avidez con que tomaste, percibiste y arrojaste tantas almas que se hicieron desear y defraudaron tu esperanza, hoy será ampliamente satisfecha: inclínate y bebe de esta agua».

Y cuando se levantó para marcharse, lo seguí, aherrojado y preso como el cordero que la zagala ató con lazos de rosas. Ya en el cuarto de habitación de mi nuevo amigo, éste, apenas traspuestos los umbrales que le daban paso a un medio propicio y habitual, se encendió todo él. Se volvió deslumbrador y escénico como el caballo de un emperador en una parada militar. Las solapas de su levita tenían vaga semejanza con la túnica interior de un corcel de la edad media, en-

jaezado para un torneo. Le caían bajo las nalgas enjutas, acariciando los remos finos y elegantes. Y empezó su actuación teatral.

Después de un ritual de preparación cuidadosamente observado, caballero iniciado de un antiquísimo culto, y cuando ya nuestras almas se habían vuelto cóncavas, sacó el cartapacio de sus versos con la misma mesura unciosa con que se acerca el sacerdote al ara. Estaba tan grave que imponía respeto. Una risa hubiera sido acuchillada en el instante de nacer.

Sacó su primer collar de topacios, o mejor dicho, su primera serie de collares de topacios, traslúcidos y brillantes. Sus manos se alzaron con tanta cadencia que el ritmo se extendió a tres mundos. Por el poder del ritmo, nuestra estancia se conmovió toda en el segundo piso, como un globo prisionero, hasta desasirse de sus lazos terrenos y llevarnos en un silencioso viaje aéreo. Pero a mí no me conmovieron sus versos, porque eran versos inorgánicos. Eran el alma traslúcida y radiante de los minerales; eran el alma simétrica y dura de los minerales.

Y entonces el oficiante de las cosas minerales sacó su segundo collar. ¡Oh esmeral-

das, divinas esmeraldas! Y sacó el tercero. ¡Oh diamantes, claros diamantes! Y sacó el cuarto y el quinto, que fueron de nuevo topacios, con gotas de luz, con acumulamientos de sol, con partes opacamente radiosas. Y luego el séptimo: sus carbunclos. Sus carbunclos casi eran tibios; casi me conmovieron como granos de granada o como sangre de héroes; pero los toqué y los sentí duros. De todas maneras, el alma de los minerales me invadía; aquella aristocracia inorgánica me seducía raramente, sin comprenderla por completo. Tan fué esto así, que no pude traducir las palabras de mi Señor interno, que estaba confuso y hacía un vano esfuerzo por volverse duro y simétrico y limitado y brillante, y permanecí mudo. Y entonces, en imprevista explosión de dignidad ofendida, creyéndose engañado, el Oficiante me quitó su collar de carbunclos, con movimiento tan lleno de violencia, pero tan justo, que me quedé más perplejo que dolorido. Si hubiera sido el Oficiante de las Rosas, no hubiera procedido así.

Y entonces, como a la rotura de un conjuro, por aquel acto de violencia, se deshizo el encanto del ritmo; y la blanca navecilla

en qué voláramos por el azul del cielo, se encontró sólidamente aferrada al primer piso de una casa.

Después, nuestro común presentante, el señor de Aretal y yo, almorzamos en los bajos del hotel.

Y yo, en aquellos instantes, me asomé al pozo del alma del Señor de los topacios. Vi reflejadas muchas cosas. Al asomarme, instintivamente, había formado mi cola de pavo real; pero la había formado sin ninguna sensualidad interior, simplemente solicitado por tanta belleza percibida y deseando mostrar mi mejor aspecto, para ponerme a tono con ella.

¡Oh las cosas que ví en aquel pozo! Ese pozo fué para mí el pozo mismo del misterio. Asomarse a un alma humana, tan abierta como un pozo, que es un ojo de la tierra, es lo mismo que asomarse a Dios. Nunca podemos ver el fondo. Pero nos saturamos de la humedad del agua, el gran vehículo del amor; y nos deslumbramos de luz reflejada.

Este pozo reflejaba el múltiple aspecto exterior en la personal manera del señor de Aretal. Algunas figuras estaban más vivas en la superficie del agua: se reflejaban los clásicos, ese tesoro de ternura y de sabidu-

ría de los clásicos; pero sobre todo se reflejaba la imagen de un amigo ausente, con tal pureza de líneas y tan exacto colorido, que no fué uno de los menos interesantes atractivos que tuvo para mí el alma del señor de Aretal, este paralelo darme el conocimiento del alma del señor de la Rosa, el ausente amigo tan admirado y tan amado. Por encima de todo, se reflejaba Dios. Dios, de quien nunca estuve menos lejos. La gran alma que a veces se enfoca temporalmente. Yo comprendí, asomándome al pozo del señor de Aretal, que éste era un mensajero divino. Traía un mensaje a la humanidad: el mensaje humano, que es el más valioso de todos. Pero era un mensajero inconciente. Prodigaba el bien y no lo tenía consigo.

Pronto interesé sobremanera a mi noble huésped. Me asomaba con tanta avidez al agua clara de su espíritu, que pudo tener una imagen exacta de mí. Me había aproximado lo suficiente, y además, yo también era una cosa clara que no interceptaba la luz. Acaso lo ofusqué tanto como él a mí. Es una cualidad de las cosas alucinadas el ser a su vez alucinadoras. Esta mutua atracción nos llevó al acercamiento y estrechez

de relaciones. Frecuenté el divino templo de aquella alma hermosa. Y a su contacto empecé a encenderme. El señor de Aretal era una lámpara encendida y yo era una cosa combustible. Nuestras almas se comunicaban. Yo tenía las manos extendidas y el alma de cada uno de mis diez dedos era una antena por la que recibía el conocimiento del alma del señor de Aretal. Así supe de muchas cosas antes no conocidas. Por raíces aéreas, ¿qué otra cosa son los dedos? u hojas aterciopeladas, ¿qué otra cosa que raíces aéreas son las hojas? yo recibía de aquel hombre algo que me había faltado antes. Había sido un arbusto desmedrado que prolonga sus filamentos hasta encontrar el humus necesario en una tierra nueva. ¡Y cómo me nutría! Me nutría con la beatitud con que las hojas trémulas de clorófila se extienden al sol; con la beatitud con que una raíz encuentra un cadáver en descomposición; con la beatitud con que los convalecientes dan sus pasos vacilantes en las mañanas de primavera, bañadas de luz; con la beatitud con que el niño se pega al seno nutricio y después, ya lleno, sonríe en sueños a la visión de una ubre nívea. ¡Bah! Todas las cosas que se completan tienen

beatitud así. Dios, un día, no será otra cosa que un alimento para nosotros: algo necesario para nuestra vida. Así sonríen los niños y los jóvenes, cuando se sienten beneficiados por la nutrición.

Además me encendí. La nutrición es una combustión. Quién sabe qué niño divino regó en mi espíritu un reguero de pólvora, de nafta, de algo fácilmente inflamable, y el señor de Aretal, que había sabido aproximarse hasta mí, le había dado fuego. Yo tuve el placer de arder: es decir, de llenar mi destino. Comprendí que era una cosa esencialmente inflamable. ¡Oh padre fuego, bendito seais! Mi destino es arder. El fuego es también un mensaje. ¿Qué otras almas arderían por mí? ¿A quién comunicaría mi llama? ¡Bah! ¿Quién puede predecir el porvenir de una chispa?

Yo ardí y el señor de Aretal me vió arder. En una maravillosa armonía, nuestros dos átomos de hidrógeno y de oxígeno habían llegado tan cerca, que prolongándose, emanando porciones de sí, casi llegaron a juntarse en alguna cosa viva. A veces revolaban como dos mariposas que se buscan y tejen maravillosos lazos sobre el río y en el aire. Otras se elevaban por la virtud de su propio

ritmo y de su armoniosa consonancia, como se elevan las dos alas de un dístico. Una estaba fecundando a la otra. Hasta que...

¿Habéis oído de esos carámbanos de hielo que, arrastados a aguas tibias por una corriente submarina, se desintegran en su base, hasta que perdido un maravilloso equilibrio, giran sobre sí mismos en una apocalíptica vuelta, rápidos, inesperados, presentando a la faz del sol lo que antes estaba oculto entre las aguas? Así, invertidos, parecen inconcientes de los navíos que, al hundirse su parte superior, hicieron descender al abismo. Inconcientes de la pérdida de los nidos que ya habían formado en su parte vuelta hasta entonces a la luz, en la relativa estabilidad de esas dos cosas frágiles: los huevos y los hielos.

Así de pronto, en el ángel transparente del señor de Aretal, empezó a formarse una casi inconsistente nubecilla obscura. Era la sombra proyectada por el caballo que se acercaba.

¿Quién podría expresar mi dolor cuando en el ángel del señor de Aretal apareció aquella cosa obscura, vaga e inconsistente. Había mi noble amigo bajado a la càntina del hotel en que habitaba. ¿Quién pasaba? ¡Bah! Un

obscuro ser, poseedor de unas horribles narices aplastadas y de unos labios delgados. ¿Comprendéis? Si la línea de su nariz hubiese sido recta, también en su alma se hubiese enderezado algo. Si sus labios hubiesen sido gruesos, también su sinceridad se hubiese acrecentado. Pero no. El señor de Aretal le había hecho un llamamiento. Ahí estaba... Y mi alma, que en aquel instante tenía el poder de discernir, comprendió claramente que aquel homecillo, a quien hasta entonces había creído un hombre, porque un día ví arrebolarse sus mejillas de vergüenza, no era sino un homúnculo. Con aquellas narices no se podía ser sincero.

Invitados por el señor de los topacios, nos sentamos a una mesa. Nos sirvieron coñac y refrescos, a elección. Y aquí se rompió la armonía. La rompió el alcohol. Yo no tomé. Pero tomó él. Pero estuvo el alcohol próximo a mí, sobre la mesa de mármol blanco. Y medió entre nosotros y nos interceptó las almas. Además, el alma del señor de Aretal ya no era azul como la mía. Era roja y chata como la del compañero que nos separaba. Entonces comprendí que lo que yo había amado más en el señor de Aretal era mi propio azul.

Pronto el alma chata del señor de Aretal empezó a hablar de cosas bajas. Todos sus pensamientos tuvieron la nariz torcida. Todos sus pensamientos bebían alcohol y se materializaban groseramente. Nos contó de una legión de negras de Jamaica, lúbricas y semi-desnudas, corriendo tras él en la oferta de su odiosa mercancía por cinco centavos. Me hacía daño su palabra y pronto me hizo daño su voluntad. Me pidió insistentemente que bebiera alcohol. Cedí. Pero apenas consumado mi sacrificio sentí claramente que algo se rompía entre nosotros. Que nuestros señores internos se alejaban y que venía abajo, en silencio, un divino equilibrio de cristales. Y se lo dije: — Señor de Aretal, usted ha roto nuestras divinas relaciones en este mismo instante. Mañana usted verá en mí llegar a su aposento sólo un hombre y yo solo encontraré un hombre en usted. En este mismo instante usted me ha teñido de rojo.

El día siguiente, en efecto, no sé que hicimos el señor de Aretal y yo. Creo que marchamos por la calle en vía de cierto negocio. El iba de nuevo encendido. Yo marchaba a su vera apagado ¡y lejos de él! Iba pensando en que jamás el misterio me había

abierto tan ancha rasgadura para asomarme, como en mis relaciones con mi extraño acompañante. Jamás había sentido tan bien las posibilidades del hombre; jamás había entendido tanto al dios íntimo como en mis relaciones con el señor de Aretal.

Llegamos a su cuarto. Nos esperaban sus formas de pensamiento. Y yo siempre me sentía lejos del señor de Aretal. Me sentí lejos muchos días, en muchas sucesivas visitas. Iba a él obedeciendo leyes inexorables. Porque era preciso aquel contacto para quemar una parte en mí, hasta entonces tan seca, como que se estaba preparando para arder mejor. Todo el dolor de mi sequedad hasta entonces, ahora se regocijaba de arder; todo el dolor de mi vacío hasta entonces, ahora se regocijaba de plenitud. Salí de la noche de mi alma en una aurora encendida. Bien está. Bien está. Seamos valientes. Cuanto más secos estemos, arderemos mejor. Y así iba a aquel hombre y nuestros Señores se regocijaban. ¡Ah! ¡Pero el encanto de los primeros días! ¿En dónde estaba?

Cuando me resigné a encontrar un hombre en el señor de Aretal, volvió de nuevo

el encanto de su maravillosa presencia. Amaba a mi amigo. Pero me era imposible desechar la melancolía del dios ido. ¡Traslúcidas, diamantinas alas perdidas! ¿Cómo encontraros los dos y volver a donde estuvimos?

Un día, el señor de Aretal encontró propicio el medio. Eramos varios sus oyentes; en el cuarto encantado por sus creaciones habituales, se recitaron versos. Y de pronto, ante unos más hermosos que los demás, como ante una clarinada, se levantó nuestro noble huésped, piafante y elástico. Y allí, y entonces, tuve la primera visión: *el señor de Aretal estiraba el cuello como un caballo.*

Le llamé la atención:—Excelso huésped, os suplico que adoptéis esta y esta actitud. Sí; era cierto: *estiraba el cuello como un caballo.*

Después, la segunda visión; el mismo día. Salimos a andar. Y de pronto percibí, lo percibí: *el señor de Aretal caía como un caballo.* Le faltaba de pronto el pie izquierdo y entonces sus ancas casi tocaban tierra, como un caballo claudicante. Se erguía luego con rapidez; pero ya me había dejado la sensación. ¿Habéis visto caer a un caballo?

Luego la tercera visión, a los pocos días. Accionaba el señor de Aretal sentado frente a sus monedas de oro, y de pronto lo vi mover los brazos como mueven las manos los caballos de pura sangre, sacando las extremidades de sus miembros delanteros hacia los lados, en esa bella serie de movimientos que tantas veces habréis observado cuando un jinete hábil, en un paseo concurrido, reprime el paso de un corcel caracoleante y espléndido.

Después otra visión: *el señor de Aretal veía como un caballo*. Cuando lo embriagaba su propia palabra, como embriaga al corcel noble su propia sangre generosa, trémulo como una hoja, trémulo como un corcel montado y reprimido, trémulo como todas esas formas vivas de raigambres nerviosas y finas, inclinaba la cabeza, ladeaba la cabeza, y así veía, mientras sus brazos desataban algo en el aire, como las manos de un caballo.—¡Qué cosa más hermosa es un caballo! ¡Casi se está sobre dos pies!—Y entonces yo sentía que lo cabalgaba el espíritu.

Y luego cien visiones más. El señor de Aretal se acercaba a las mujeres como un caballo. En las salas suntuosas, no se podía estar quieto. Se acercaba a la hermosa

señora recién presentada, con movimientos fáciles y elásticos, baja y ladeada la cabeza, y daba una vuelta en torno de ella y daba una vuelta en torno de la sala.

Veía así, de lado. Pude observar que sus ojos se mantenían inyectados de sangre. Un día se rompió uno de los vasillos que los coloreaban con trama sutil; se rompió el vasillo y una manchita roja había coloreado su córnea. Se lo hice observar.

—«Bah, me dijo, es cosa vieja. Hace tres días que sufro de ello. Pero no tengo tiempo para ver un doctor.»

Marchó al espejo y se quedó mirando fijamente. Cuando al día siguiente volví, encontré que una virtud más lo ennoblecía. Le pregunté: ¿qué lo embellece en esta hora? Y él respondió: «un matiz.» Y me contó que se había puesto una corbata roja para que armonizara con su ojo rojo. Y entonces yo comprendí que en su espíritu había una tercera coloración roja y que estas tres rojeces juntas eran las que me habían llamado la atención al saludarlo. Porque el espíritu de cristales del señor de Aretal se teñía de las cosas ambientes. Y eso eran sus versos: una maravillosa cristalería teñida de las cosas ambientes: esmeraldas, rubíes, ópalos...

Pero esto era triste a veces porque a veces las cosas ambientes eran obscuras o de colores mancillados: verdes de estercolero, palideces verdes de plantas enfermas. Llegué a deplorar el encontrarlo acompañado, y cuando esto sucedía, me separaba con cualquier pretexto del señor de Aretal, si su acompañante no era una persona de colores claros.

Porque indefectiblemente el señor de Aretal reflejaba el espíritu de su acompañante. Un día lo encontré, ¡a él, el noble corcel! enano y meloso. Y como en un espejo, ví en la estancia a una persona enana y melosa. En efecto, allí estaba; me la presentó. Era una mujer como de cuarenta años, chata, gorda y baja. Su espíritu también era una cosa baja. Algo rastreante y humilde; pero inofensivo y deseoso de agradar. Aquella persona era el espíritu de la adulación. Y Aretal también sentía en aquellos momentos una pequeña alma servil y obsequiosa. ¿Qué espejo cóncavo ha hecho esta horrorosa trasmutación? me pregunté yo, aterrorizado. Y de pronto todo el aire transparente de la estancia me pareció un transparente vidrio cóncavo que deformaba los objetos. ¡Qué chatas eran las sillas ..!

Todo invitaba a sentarse sobre ello. Aretal era un caballo de alquiler más.

Otra ocasión, y a la mesa de un bullanguero grupo que reía y bebía, Aretal fué un ser humano más, uno más del montón. Me acerqué a él y lo ví catalogado y con precio fijo. Hacía chistes y los blandía como armas defensivas. Era un caballo de circo. Todos en aquel grupo se exhibían. Otra vez fué un jayán. Se enredó en palabras ofensivas con un hombre brutal. Parecía una vendedora de verduras. Me hubiera dado asco; pero lo amaba tanto que me dió tristeza. Era un caballo que daba coces.

Y entonces, al fin, apareció en el plano físico una pregunta que hacía tiempo formulaba: ¿Cuál es el verdadero espíritu del señor de Aretal? Y la respondí pronto. El señor de Aretal, que tenía una elevada mentalidad, no tenía espíritu: era amoral. Era amoral como un caballo y se dejaba montar por cualquier espíritu. A veces, sus jinetes tenían miedo o eran mezquinos y entonces el señor de Aretal los arrojaba lejos de sí, con un soberbio bote. Aquel vacío moral de su ser se llenaba, como todos los vacíos, con facilidad. Tendía a llenarse.

Propuse el problema a la elevadísima

mente de mi amigo y ésta lo aceptó en el acto. Me hizo una confesión:—Sí: es cierto. Yo, a usted que me ama, le muestro la mejor parte de mí mismo. Le muestro a mi dios interno. Pero, es doloroso decirlo, entre dos seres humanos que me rodean, yo tiendo a colorearme del color del más bajo. Huya de mí cuando esté en una mala compañía.

Sobre la base de esta percepción, me interné más en su espíritu. Me confesó un día, dolorido, que ninguna mujer lo había amado. Y sangraba todo él al decir esto. Yo le expliqué que ninguna mujer lo podía amar, porque él no era un hombre, y la unión hubiera sido monstruosa. El señor de Aretal no conocía el pudor, y era indelicado en sus relaciones con las damas como un animal. Y él:

—Pero yo las colmo de dinero.

—También se lo da una valiosa finca en arrendamiento.

Y él:

—Pero yo las acaricio con pasión.

—También las lamen las manos sus perrillos de lanas.

Y él:

—Pero yo las soy fiel y generoso; yo las soy humilde; yo las soy abnegado.

—Bien; el hombre es más que eso. Pero ¿las ama usted?

—Sí, las amo.

—Pero ¿las ama usted como un hombre? No, amigo, no. Usted rompe en esos delicados y divinos seres mil hilos tenues que constituyen toda una vida. Esa última ramera que le ha negado su amor y ha desdeñado su dinero, defendió su única parte inviolada: su señor interno; lo que no se vende. Usted no tiene pudor. Y ahora oiga mi profecía: una mujer lo redimirá. Usted, obsequioso y humilde hasta la bajeza con las damas; usted orgulloso de llevar sobre sus lomos una mujer bella, con el orgullo de la hacanea favorita, que se complace en su preciosa carga,—cuando esta mujer bella lo ame, se redimirá: conquistará el pudor.

Y otra hora propicia a las confidencias:

—Yo no he tenido nunca un amigo. Y sangraba todo él al decir esto. Yo le expliqué que ningún hombre le podría dar su amistad, porque él no era un hombre, y la amistad hubiese sido monstruosa. El señor de Aretal no conocía la amistad y era indelicado en sus relaciones con los hombres, como un animal. Conocía sólo el camaraderismo. Galopaba alegre y generoso en los llanos, con

sus compañeros; gustaba de ir en manadas con ellos; galopaba primitivo y matinal, sintiendo arder su sangre generosa que lo incitaba a la acción, embriagándose de aire, y de verde, y de sol; pero luego se separaba indiferente de su compañero de una hora lo mismo que de su compañero de un año. El caballo, su hermano, muerto a su lado, se descomponía bajo el dombo del cielo, sin hacer asomar una lágrima a sus ojos... Y el señor de Aretal, cuando concluí de expresar mi último concepto, radiante:

—Esta es la gloria de la naturaleza. La materia inmortal, no muere. ¿Por qué llorar a un caballo cuando queda una rosa? ¿Por qué llorar una rosa cuando queda un ave? ¿Por qué lamentar a un amigo cuando queda un prado? Yo siento la radiante luz del sol que nos posee a todos, que nos redime a todos. Llorar es pecar contra el sol. Los hombres, cobardes, miserables y bajos, pecan contra la Naturaleza, que es Dios.

Y yo, reverente, de rodillas ante aquella hermosa alma animal, que me llenaba de la unción de Dios:

—Sí, es cierto; pero el hombre es una parte de la Naturaleza; es la Naturaleza evolucionada. ¡Respeto a la evolución! Hay

fuerza y hay materia: ¡respeto a las dos! Todo no es más que uno.

—Yo estoy más allá de la moral.

—Usted está más acá de la moral: usted está bajo la moral. Pero el caballo y el Angel se tocan, y por eso usted a veces me parece divino. San Francisco de Asís amaba a todos los seres y a todas las cosas, como usted; pero además, las amaba de un modo diferente; pero las amaba después del círculo, no antes del círculo como usted.

Y él entonces:

—Soy generoso con mis amigos: los cubro de oro.

—También se lo da una valiosa finca en arrendamiento, o un pozo de petróleo, o una mina en explotación.

Y él:

—Pero yo les presto mil pequeños cuidados. Yo he sido enfermero del amigo enfermo y buen compañero de orgía del amigo sano.

Y yo:

—El hombre es más que eso: el hombre es la solidaridad. Usted ama a sus amigos, pero ¿los ama con amor humano? No: usted ofende en nosotros mil cosas impalpables. Yo, que soy el primer hombre que ha

amado a usted, he sembrado los gérmenes de su redención. Ese amigo egoísta que se separó, al separarse de usted, de un bienhechor, no se sintió unido a usted por ningún lazo humano. Usted no tiene solidaridad con los hombres.

—.....

—Usted no tiene pudor con las mujeres, ni solidaridad con los hombres, ni respeto a la Ley. Usted miente, y encuentra en su elevada mentalidad, excusa para su mentira, aunque es por naturaleza verídico como un caballo. Usted adula y engaña y encuentra en su elevada mentalidad, excusa para su adulación y su engaño, aunque es por naturaleza noble como un caballo. Nunca he amado tanto a los caballos como al amarlos en usted. Comprendo la nobleza del caballo: es casi humano. Usted ha llevado siempre sobre el lomo una carga humana: una mujer, un amigo... ¡Qué hubiera sido de esa mujer y de ese amigo en los pasos difíciles sin usted, el noble, el fuerte, que los llevó sobre sí, con una generosidad que será su redención! El que lleva una carga, más pronto hace el camino. Pero usted las ha llevado como un caballo. Fiel a su naturaleza, empiece a llevarlas como un hombre.

*
* *

Me separé del señor de los topacios, y a los pocos días fué el hecho final de nuestras relaciones. Sintió de pronto el señor de Aretal que mi mano era poco firme, que llegaba a él mezquino y cobarde, y su nobleza de bruto se sublevó. De un bote rápido me lanzó lejos de sí. Sentí sus cascos en mi frente. Luego un veloz galope rítmico y marcial, aventando las arenas del Desierto. Volví los ojos hacia donde estaba la Esfinge en su eterno reposo de misterio, y ya no la vi. ¡La Esfinge era el señor de Aretal que me había revelado su secreto, que era el mismo del Centauro!

Era el señor de Aretal que se alejaba en su veloz galope, con rostro humano y cuerpo de bestia!

Guatemala, octubre de 1914.

El trovador colombiano

Tuve la visión del perro al mismo tiempo que la del caballo. Cuando conocí aquella alma nobilísima de piafante corcel del señor de Aretal, conocí también la pobre ánima de perro callejero, de León Franco; la pobre ánima de can sin dueño, mutilado y triste como las bestias que el buen Jesús llamó a su pesebre. Porque es preciso que os fijéis en que el buen Jesús llamó dos animales mutilados a su pesebre: un buey y una mula. Dos animales que no podían conocer el amor en su forma de atracción física, que es una de las manifestaciones del amor divino, porque no hay más que un solo amor, así como no hay más que un solo Gran Ser que lo llena todo.

Tuve la percepción del perro entonces. El señor de Aretal había bajado a la cantina del Hotel, desde su elevada mansión aérea, y bebía, impenitente, y dejaba fluir el chorro comunicativo de su ánima desbordada.

Exultante e incansable, llevaba a la fatiga los espíritus de sus amigos. Al término de un día en que el fastidio nos encontró acorazados por su palabra reveladora, nos retirábamos a nuestros lechos, rendidos y gozosos como un amante después de una noche de amor.

Pregonaba el señor de Aretal el culto externo de su arte literario y, antes de leernos sus maravillosos versos, nos preparaba cuidadosamente los espíritus. Nos leía los ritmos de los grandes evocadores, revestía su palabra de ornamentos dorados, se encerraba con nosotros en sitios bellos, y cuando vista y oído estaban presos de misterioso encanto, cascabeleaba sus estrofas o nos hacía verter la sangre de las nuestras. Pero encontró que este proceso era largo y para algunas almas ineficaz. Y entonces, violento, forzó el paso de los espíritus herméticos, ahogándolos en alcohol. ¡Cuántos, como Athos, no tienen las ideas claras sino cuando están nadando en vino! Cuando las almas mínimas bebían, el líquido, que es un gran nivelador, hacía ascender los espíritus flotantes: entonces el señor de Aretal arrojaba con menos penas sus húmedos topacios de encanto: los veía irse a fondo, volverse

borrosos y apenas perceptibles, en un mismo matiz de agua: confundirse en una sola impresión de conjunto. Y por el mismo oceano en que existían, se comunicaban sus gemas y las almas insumergibles.

Esta vez en que conocí a León Franco, la magia de la palabra del señor de los topacios ya me había preparado para las visiones agudas. Por eso sonreí, sonreí todo yo cuando vi a Franco. ¡Qué leal cabeza de perro! ¡qué fiel cabeza de perro de Terranova! ¡qué alma pura y leal de perro! ¡Cuántas cosas gruesas en ella! ¡Hermosa cabeza cuadrada!.

Su nariz era ancha; y a sus dos lados una hinchazón de los carrillos, se ofrecía como el pan; en su frente había también líneas rectas: era un cuadrilátero: su boca estaba guarnecida de gruesos dientes, descubiertos al menor movimiento de sus labios gruesos. Y así Franco enseñaba los dientes a menudo. A los extremos del labio superior tenía unos ralos y gruesos pelos y por lo tanto alguna especie perruna debe tener también bigotes. Yo en este instante no los recuerdo: sólo recuerdo los de los gatos.

¡Oh noble bocaza de perro! ¡Bocaza que era mano y beso para el dueño! ¡Cómo debe

amar el buen Dios la boca de los perros cuando la hizo mano al mismo tiempo! ¡Bocaza humilde que alza los alimentos del suelo sin sentirse humillada! (Franco siempre había vivido, perro bohemio, pidiendo el pan a distintos amos: el señor de Aretal se lo daba cuando lo conocí; el pobre no tenía manos: sólo tenía boca).

¡Bocaza que era mano para asir y que era mano para acariciar a la hembra; y cuerno o casco para defenderse; y labio para besar; y boca, después de todo, boca santificada por el paso del pan recogido del suelo!

León Franco era un noble perro. ¡Oh especie de los perros, casi humana; tan humana, tan humana, que es la única que comparte con el hombre el raro don de estar dividida en razas! La evolución la partió como un cuchillo. ¡Cómo serán de altos, pues, los perros! Si casi son hombres. Hay perros malos, crueles. Hay perros que son una monada, una chuchería artística, cuya razón de existir es ser graciosos y menudos; perros que, sobre las faldas de las bellas mujeres, representan en la especie perruna algo de lo que representan en la raza humana algunos de los pobres poetas: perros de adorno, en fin. Hay perros que viven

porque tienen dientes para morder; no tienen manos, pero tienen dientes que vender a los hombres; parecen hijos de la Suiza de la Edad Media: son como soldados de fortuna que defienden intereses ajenos por la pitanza.

Y hay también perros de presa. Una vez, yo tuve su visión clara y terrible. En una costa tórrida de no sé que país, cuando hacía el trayecto entre dos fincas productoras de café, vi de pronto pasar a tres alemanes montados en tres pesados y enormes caballos yankes, al mismo trote uniforme, alzando a compás sus nalgas anchas, vestidos los tres de kaqui amarillo! Y atrás iba la alucinante fantasmagoría de tres perros de presa, grandes, de feroces cabezas cuadradas, que daban la espantosa visión de pesadilla de ser las tres almas duples de los tres hombres que los precedían. Así, ante estas dolorosas visiones de los hombres locos o iluminados de este siglo pavoroso en que floreció Nietzche, deben haber surgido las desorientadas escuelas pictóricas, cubismo, impresionismo, que no son otra cosa que el modernismo de un arte plástico. Así debió ver el mundo Doménico Theotocópouli. Yo también veo todas las cosas alar-

gadas, como si una eterna luna proyectara eternamente sus sombras en mi espíritu. Es que el super hombre se acerca y lo precede el super arte. Un visionario de Apocalipsis suele ser el precursor de los grandes seres que se avecinan.

Hay perros artistas. Hay primitivos perros de campesinos que aún no perdieron el pelaje de los lobos, así como hay ciudadanos que aún no perdieron el pelo de la dehesa.

Hay perros degenerados: esas son malas especies de hombres, digo, de perros, de los que no hay que acordarse: a los que hay que olvidar como hay que olvidar a ciertos perros, digo, a ciertos hombres. Volvamos a nuestro León Franco y lloremos sobre él: ¡era el dulce perro familiar! Ese pobre perro que en la especie canina representa al pobre poeta en la especie humana y por eso es calumniado por los de su raza! ¡Porque está pronto a ser más que perro, porque se acerca al hombre, porque va a volverse hombre; así como el artista es calumniado porque pronto va a ser más que hombre, porque se acerca a Dios; porque va a volverse ángel!

Todos calumnian y vilipendian al perro

familiar. El perro lobo lo llama vil: besa la mano que le pega.

El perro de presa lo llama tonto: respeta a las avecillas del campo.

El perro de San Bernardo y el perro de Terranova lo llaman poco caritativo: no salva ninguna vida humana.

Todos, de consuno, lo llaman ocioso: es una pobre María de los perros: deja a las Martas perrunas trabajar y él sólo sabe amar y sólo ama. Pide caricias al hombre; besa la mano que le pega: y así se humaniza y se acerca al hombre, como María se acercaba a Jesús. Según un Nietzche de la raza, es compasivo como si formase parte de un credo de renunciamiento; según un Ingenieros, admirador del último filósofo, descuida tanto la higiene como un monje de la Tebaida. Tiene desarrollado, según un Lombroso canino, el órgano de la veneración. ¿Comprendéis? Tiene ese don inestimable de saber admirar. ¡Qué se consuele! Los poetas también lo tienen: todo el arte no es sino mayor capacidad de admirar. ¡Nunca me he sentido más digno que cuando caí de rodillas! Yo también soy un pobre perro que tiene su amo en el cielo. Cuando me incliné ante sus aras, oí la so-

lemne voz de Hugo o de Vargas Vila: pudo ser de Díaz Mirón: de cualquier hombre trueno:—«En este siglo los hombres que estamos de pie no vemos a los que están de rodillas».

No; mentira: calumnio al autor: la frase era más bella; más concisa;—oh divina concisión, atributo del genio:—era menuda y dura y redonda como una moneda echada a rodar: la muchedumbre la puso inmediatamente en circulación.

Pero volvamos a León Franco. Si él no fuese perro callejero, con el instinto de los viajes, si yo hubiese tenido pan para dos, mi hogar le hubiese dado albergue y uno de los dos hubiera llorado sobre la tumba del otro. Hay historias: ya sabéis: ¡cuántos seres con almas amorosas que tuvieron la dicha de tener un perro o un hombre que se dejaron morir sobre su tumba. Mirabeau tuvo dos perros: uno desnudo y otro vestido. El vestido, cuando vió lamer la mano del gran orador, pidió disfrutar de la misma dádiva hecha al perro y la besó; después, cuando Mirabeau moría, ofreció su sangre para salvar la preciosa existencia: que la trasfundiesen al gran hombre. El otro, el desnudo, murió sobre la tumba del sagrado

revelador. Dios, que a veces me colma con la gracia de amarlo y de humillarme ante El, me contó lo que había hecho con las dos almas veneradoras: al perro lo hizo hombre, y al hombre, poeta. ¡Lo que admiraban y amaban los dos!

Me ha pasado muchas veces: generalmente con hombres gordos; siempre con hombres bien proporcionados y sanos; nunca con los seres pálidos y flacos que temía César: ¡los amo a primera vista y me dan una gran sensación de confianza! Todo mi ser descansa en sus rostros gruesos y se ensancha en sus vientres anchos. Yo no temo a los gordos. Nunca son muy malos. No pueden serlo: les pesa el vientre.

Sé que son cosa mía; que no me negarán nada: a mí, que vivo pidiendo a todos porque soy un ser flaco y egoísta. Tal vez es que yo soy el hombre y ellos son los perros. Hacemos tratos. Yo tiro de sus almas, soy el revelador, los levantó hasta mí, los humanizo; ellos me prestan sus dientes para defenderme, y sus elásticos y flexibles músculos suplen la pobreza orgánica de mi cuerpo cenceño. Es natural: el Universo es una gran sociedad; todo es sociable; todo es un cambio de amor. Como esas abejas u hor-

migas que se dejan morir si especies inferiores no las sirven, yo me dejaría morir si no me sirviesen a mí. Se puede llegar a comprender que las castas y la esclavitud sean de origen divino; y de esta compresión a llegar al origen divino de los reyes hay sólo un paso.

León Franco fué una cosa mía desde que lo vi. Pero ya estoy cansado: acabemos a prisa este cuento, que si no queda en el limbo que lloró Becquer. Todavía no he encontrado un ser que me preste la corporeidad que falta a mi espíritu sin materia agente. Por eso mi estilo es doloroso e inquieto y tiene una unidad impalpable, percibida por muy pocas almas. Por ello me refugié en el verso. ¿Pero, cómo contar en verso estas visiones?

Si no concluyo esta historia hoy, en que mi alma está lúcida, mañana la concluyo mal o no la concluyo nunca. «El Pegaso da saltos», dijo Rubén Darío. Yo, que no sé apearme, a veces me duermo sobre él y entonces parezco un ilota.

León Franco pronto fué una cosa mía. Su pobre espíritu de perro callejero se aferró a mí. Buscó mi caricia. Todo lo que en mi alma queda de niño fué comprendido por su clara mirada de perro leal. ¡Si vié-

rais como perciben de bien los perros las partes claras de las almas de los hombres! Tienen enemistades. Ladran a los hombres crueles; muerden a los hombres miedosos: buscan las manos de los hombres de bien.

León Franco se aferró a mí y me hizo sus cabriolas para halagarme: ¡imitó a los perros!; ¡ladró como can sin dueño! Mi alma, llena de revelaciones, de la revelación eterna de que habla el héroe del Sartus Resartus, se extremeció de comprensión: comprendía algo, y, fiel a su destino, podría enseñar algo: ¡aquél buen hombre que parecía perro, imitaba maravillosamente el ladrido de los perros! Cuando me mostró su extraordinaria habilidad, todos los perros del Hotel le contestaron y el gozquecillo de la bella Lady, cuyo reino quedaba vecino al reino de Aretal, acabó de abrir, con su pobre manecita atada, la puerta y penetró pregonando:

—Yo existo: fijense bien: existo: existo...

Y entonces empezó un gracioso espectáculo. Leon Franco jugó con su minúsculo congénere: ladraban y saltaban a porfía. ¡Y qué saltos los de Franco! ¡de perro! ¡y cómo imitaba los aullidos del gozquecillo!

Hubo que sacar a su minúsculo amigo, tal vez cuando sus dos almas se regocijaban de conocerse, porque un amigo del señor de Aretal hacía versos. El señor de Aretal también los hacía; pero su noble espíritu cantaba, sin disonar, en armonía con las voces de todos los seres creados.

Unicamente observó:

—¡Qué cosa más rara!: llamaba al héroe de mi poema en prosa el Señor de Quiñónez: al ladrar Franco y su amiguillo ya no pude llamarlo sino el Señor de Avelúa; y al llamarlo el Señor de Avelúa, todas las bellas frases de mi poema desarmonizaron con el nuevo nombre: ¡porque todas las había formado al rededor de las vocales de Quiñónez! Tendré que empezar de nuevo. Ahora comprendo la súplica de Flaubert a Zola, cuando ambos emplearon el mismo nombre propio; y comprendo también los entusiasmos de Balzac al encontrar un apellido sonoroso. Cuando se ha escrito una obra literaria, teniendo entre las bases el bello nombre de un héroe, cambiarlo es desquiciar un Partenón impalpable: tendré que empezar de nuevo.

El digno Señor de Aretal se mantenía así, empezando. Quedaba en divinos frag-

mentos: nunca terminó un poema porque nunca estuvo satisfecho del todo.

*
* *

No fué esta la única vez en que Franco comprendió su deber de divertir mi pobre espíritu de niño castigado.

Otra ocasión, hablaba yo con Aretal. El señor de los Topacios se hallaba sentado y yo, frente a él, de pie, con la mano a la altura de la frente y el extremo del dedo pulgar de mi siniestra tocando el extremo del dedo inmediato, redondeaba, con ese movimiento, el armonioso período de armoniosa teoría cosmogónica: como siempre que hablábamos, empezando en las cosas mínimas acabamos en Dios.

Al llegar al Ser Supremo, Aretal comentaba:

—Todos los caminos son caminos reales para llegar a Dios.

O citaba a Carlyle:

—«Todos los caminos, hasta este simple camino de Endephul, te conducirán al fin del mundo».

Así, de Dios bajábamos a sus profetas, o empezando a hablar de rosas, concluíamos por hablar de su autor. Y en cuanto llegá-

bamos a Dios, nos abstraíamos del mundo externo.

No sentimos, pues, en la ocasión a que me refiero, la presencia de un intruso: sentirla hubiera sido cometer el delito de separatividad. De pronto, un ladrido amenazador y una cruel mordida en mi pierna izquierda. Chillé como una mujer que ve pasar un ratoncillo: eran la boca humana de Franco, que ladraba imitando a maravilla la voz de amenaza de los perros, y su mano desatada que, para completar la ilusión, atenaceaba uno de mis miembros inferiores.

Cuando vi a Franco, salté gozoso: podía afirmar, y lo afirmo: Franco daba la sensación de un perro. Pero cabal; sin soluciones de continuidad: perfecta. Así como una llama y todas las figuras del Greco nos hacen sentir una mística aspiración de la materia alargada hacia el Señor, así León Franco me hacía sentir la maravillosa unidad del Universo manifestado.

Y entonces Aretal, contagiado de las prodigiosas miras de mis ojos, porque ya habíamos hablado mucho de la sensación de perro que daba nuestro amigo, así como de la sensación de caballo que daba el mismo

Aretal, me contó que Franco vivía próximo a la casa de una vieja solterona que acariciaba una jauría numerosa de canes. E interrumpiendo aquí su historia, divagador como nuestro Juan Montalvo, yo prorrumpí:

—Se vitupera ese amor de las solteronas por los animales. ¡Cobardes los que tal hacen! El hombre humaniza todo lo que toca. Si manipula los metales, les presta sensaciones casi orgánicas; y si ama a los animales, los vuelve casi humanos. ¡Divinas solteronas de amores refugiados en lo más bajo de la escala de Jacob, y divinos nosotros los poetas, que amamos todo viejo mueble familiar, todo sitio de la infancia o de la juventud, en que escribimos páginas de nuestra historia!

Y el señor de Aretal, tomando de nuevo el hilo, en el maravilloso cordón que tejíamos juntos, él con sus dos piernas sembradas en la tierra, recibiendo la savia de fuerzas naturales, yo como un árbol invertido, con mis dos manos tendidas a la altura, aéreas raíces que por minúsculas ventosas recibían el pan vivo. A la postre, ¿qué es un árbol sino una aspiración de la tierra hacia los cielos?, ¿qué es un animal sino un árbol desatado?, ¿qué es un hombre sino un

animal con manos tendidas hacia lo azul?... Y todos con una raíz más o menos sutil internada en la madre tierra: sólo que los árboles nunca rompen su cordón umbilical.

Y el Señor de Aretal:

—Cuando Franco pasa ante la habitación de su nueva amiga, invariablemente se detiene ante la puerta, entornada casi siempre, y aúlla con una gentileza de can trovador; sus hermanos responden; hacinados en la misma amplia alcoba de la solterona, tejen una alfombra complicada como las alfombras de Persia, evolucionando en su cárcel estrecha: dan vueltas y ladran. Pronto Franco se refocila con ellos. ¡Si usted viera qué saltos, qué alaridos...! ¡Uf...!

¡Cómo un can trovador! ¡Qué curiosa y que linda la frase de Aretal! Aún no he dicho nada de los cantos de Franco. Si vierais lo que me cuesta decir lo que tengo que decir; es un mensaje divino; pero tengo tan mala memoria que se me olvidaron las palabras de mi mandatario. Soy como esos moribundos que no aciertan a comunicar sus visiones celestes, ni al doctor, que ríe y habla de delirios, ni a los deudos que rodean su lecho, que no entienden, pero que se sienten conturbados. Estoy casi del otro

lado de la vida: hace catorce años que empezé a morir...

No había dicho nada, todavía, de los cantos de Franco. Franco era un buen perro grueso que se había tragado un jilguero. Cuando llegó a la ciudad, los periódicos anunciaron las próximas actuaciones teatrales de dos trovadores colombianos. Franco era uno de ellos. ¡Divina Colombia, madre Atenas nuestra, que en la época moderna y en este nuevo mundo, haces una frase de ironía ática de la vida, te vengas con un chiste de tus malos gobernantes y tienes ya música americana y literatura americana! Aquellos dos enviados de los melancólicos bambucos, nos hicieron sonreír y nos hicieron llorar. Franco era uno de ellos. Su compañero estaba en segunda línea; posterguémoslo aún más en nuestra historia: casó con una viuda rica el pobre... En cuanto a Franco, Franco, el gran Franco, salía a las escenas de frac sin arrugas y de pechera inmaculada. Parecía un perro sabio. Y cantaba: el jilguero que se había tragado le sonaba, detenido en la garganta: su voz ronca, educada en las cantinelas familiares, ante la ventana de las muchachas de Bogotá, acompañando los cantos de los bogas

en las costas, se hacía oir en el teatro sin ninguna preparación técnica, como la queja musical de los perros; ¡pero cómo hacía llorar! Era imbécil y divinamente enternecedora como una de las composiciones poéticas de Julio Flores, letras de muchos de los bambucos. Cantaba las montañas azules de las ciudades entre montañas de Antioquia. Lo que más conmovía era su cara de perro, tan dulce al cantar... Pero como su público no era sólo de poetas, pronto se suspendieron las funciones... ¿Qué importaba aquello? Siguió cantando en las mesas de los bohemios. Cantó para el Señor de Aretal, comió de su pan... Y ¿en estas américas del centro, quién se muere de hambre? Franco, con un horror instintivo por el trabajo, —¿no veis que un perro hace muy poco que tiene manos y no sabe aún qué hacer de ellas?—sabía de los evangelios el divino mandato que precisó Ripalda:

—«¿Y porqué pedís el pan nuestro de cada día solamente?»

—«Para quedar necesitados de pedir lo mismo mañana.»

¡Ah, si los ricos entendieran, si los ricos leyeran el Catecismo de Ripalda; si lo entendieran los socialistas...!

Con esta sabia imprevisión, vivió así, al día, como un perro callejero, confiando todo él en la munificencia de su amo: el amo de los pájaros y de los perros, el buen Dios. Naturalmente, el amo no faltó; ¡qué había de faltar!

Pero un día, entre sus necesidades cotidianas, amaneció la de cambiar de casa o de calle: las ciudades de Hispano-América eran calles de una sola población para Franco: quiso ir a Honduras. Esos montañeses de la noble Honduras lo atraían: quizás eran como los de Antioquia. Entonces le pidió a la vida una pequeña dádiva. Digo a la vida, pero podeis leer al presupuesto del país en que estaba. En realidad, todas las peticiones se hacen a un solo Dador. Ya sabéis que el presupuesto da, pero es un Señor muy formulista, que se hace esperar. Después de que nuestro buen perro frecuentó diez semanas los ministerios, en tranquila espera, porque no le faltaban ni el pan ni el aguardiente ni las camisas del Señor de Aretal, un día amaneció con la mínima dádiva que había pedido a la vida entre las manos: tenía el precio de un pasaje para ir a la odorante Honduras...

Entonces, y como no era generoso mar-

char sin despedirse de sus amos, nos invitó a comer una comida colombiana. Cuando llegamos a su cubil, Franco salió a nuestro encuentro, dando volteretas, con una enorme cacerola entre las manos, y un fachendoso delantal blanco de cocinero de Hotel italiano. Felicitaciones de Año Nuevo en tarjetas postales y juguetes de fabricación francesa, para niños, os podran dar su retrato: ¿no habéis visto esos perros de gruesas narices, sobre las que montan dorados anteojos, y de blancos delantales, que hacen las delicias de bebés de cinco años o decoran las consolas de modistillas de veinte abriles? Son retratos de Franco. ¡Bueno y generoso hombre, cómo saltaba de contento! ¡Qué corazón de niño el de ese viejo! dicen las gentes y no saben que debieran decir: ¡qué vestido más viejo el de ese niño!

Franco saltando—Franco era un hombretón, moreno, grueso, ancho—hacía bendecir al Dios que llamó a Sí a los niños. Pero sólo los niños sonríen a los niños: a los viejos nos hace llorar el espectáculo de la infancia. Yo tomé la primera cucharada de sopa con lágrimas en los ojos. Aretal sonreía complacido. Los caballos acaban de salir de las manos de Dios y todavía no sien-

ten su ausencia; ¡ah!; ¡yo soy un hijo talludo de mi padre y lloro que esté lejos!

Cominos... No podría decir como es la sopa colombiana: me acuerdo, sí, de rodajillas de papas y de plátanos, fritas en manteca, que hacían reir a mis compañeros de mesa, oliendo del olor de la madre patria. Me acuerdo de un plato de huevos, muy picante... Mas no me acuerdo bien de lo demás que comimos, precisamente porque tengo que hablar de lo que bebimos antes...

Baste decir que cuando nos sentamos a la mesa ya estábamos semibeodos. Es decir, semi beodo yo; beodo del todo el magnífico Señor de Aretal. Franco tan beodo, ay, que no marchó a la mañana siguiente, como se lo había propuesto: siguió bebiendo una semana más. ¡Se bebió el precio del pasaje! El precio de diez semanas de espera. Aretal lo encontró lógico y conveniente:

—Un pobre hombre que ha esperado tanto tiempo: es natural su desquite...

En verdad ¿cuándo un perro supo ahorrar ni tuvo la virtud de la previsión?

En uno de los días del consiguiente retraso de la partida de Franco, salimos éste y yo a pasear. El Señor de Aretal nos echó de su aposento. Leía un estudio sobre la

fertilidad de la Judea y con esa ruda franqueza que sólo tenemos para los amigos, nos mandó a paseo.

¡Bienhadado mandato! Era la hora del mediodía. El padre Sol, obediente a la eterna ley cíclica, nos mandaba sedante bochorno y fatiga, con la misma augusta llama con que otras veces nos enciende las almas de amor y de energía. Nunca he visto a mi fiel Franco más en carácter. Parecía uno de esos perros que a la hora del bochorno dormitan en las aldeas caldeadas o caminan penosamente con las colas caídas y las cabezas bajas. ¡Pero hay tanta reserva de fuerzas en un perro, que aún no sabe pensar! Pronto hubo de tornarse juguetón y alegre. Sucedió este cambio cuando llegamos a uno de esos oasis de verdura adyacentes a la ciudad americana. Era un bosque metido en plena Urbe: un bosque partido de potrero: uno de esos brazos con que el campo ciñe por doquier a la joven ciudad latina y que hacían exclamar al munificentísimo y ultra urbano señor de Aretal, que vivía llorando con quejas de niño los refinamientos de civilizaciones más avanzadas:

—¡Vaya! Ahora comprendo que en esta

mínima ciudad un hombre culto no pueda ni leer a Platón, ausente de las librerías que llena López Bago; ni leer a Bilitis, ausente de librerías que llena Carlota Braemé; ni encontrar trajes para hombres en sastrerías que visten orangutanes; ni pedir a un facultativo que le desocupe el vientre, turbado de vino, media hora antes de concurrir al banquete de un amigo. Ahora comprendo que en ella no existan ni pedicuros, ni baños confortables, ni siquiera un buen chocolate... Pero ¡es comprensible! una metrópoli que tiene un bosque por casquete y otro bosque por pantuflos y un tercer bosque a cien metros de su catedral...

Llegamos a unos de estos verdes bosques que ponían tan furibundas invectivas en labios de Aretal: sesteaban ganados. Corrió Franco al encuentro de las vacas. Una vaca pizarra, separada del rebaño, triscaba en compañía del becerrillo juguetón. Mi amigo fué a ella: le ladró a los cuernos, le ladró a los costados. ¡Graciosos saltos laterales los de la vaca pizarra, azuzada por aquel hermoso perro humano! Jugó así algunos minutos: después, trotó hacia su amo, que descansaba a la sombra de un árbol florecido, y se echó a sus pies.

Callamos: uno quiere a sus perros; pero no les conversa. A lo más, les dirije la palabra. Y en esta palabra dirigida hay siempre juego o cariño.

Yo, al fin, cansado de estar solo, jugué un poco.

—¿Franco, usted ha amado? — ¿Franco, usted ha trabajado alguna vez? — ¿Franco, qué desea usted?...

¡Nada! ¡Nada! Era un buen perro. ¡Qué alma de perro aquella! ¡Qué alma de perro, vagabundo y ocioso! No pensaba nada, no quería nada. Se había ayuntado a veces con las hembras, en uniones pasajeras, fecundas o no, siempre olvidadas. Ninguna noción de hogar ni de familia. Veneración para seres superiores: deseo de serles grato: un poner a sus órdenes colmillos y patas: un sumiso soportar de golpes: un pedirles cariño y pan. Y luego nada: el vacío, hasta que un viento que corría a otras tierras lo empujaba...

El señor de Aretal me había contado, una vez en que yo le comuniqué la sensación de confianza que me inspiraba Franco, una anécdota, clara amplificación de la lealtad de nuestro amigo.

Cierta ocasión, en una callejuela, el señor

de Aretal, que solía con frecuencia, por medio de violentos corcovos, lanzar lejos de sí seres poco amables, se enzarzó en una disputa con dos jóvenes alemanes. Habían salido juntos de cualquier casa alegre y, majestuosamente lleno de indiferencia, Aretal empezó cálido discurso sobre la madre Francia:

—En tiempos de Augusto, la mitad del orbe era romana: hoy es francesa...

Los jóvenes alemanes, elegantes horteras de tal almacén, protestaron con rudeza agresiva. Aretal, que ante un puño amenazador, sobre todo si era un sólido puño teutón, se sentía cobarde como cualquier Rubén Darío metido bajo la mesa de la anécdota, se preparó a desaparecer, confiando en la buena estrella que salva a las mariposas verdes como las hojas de las plantas, de la mirada de los pájaros aviesos. Sencillamente, se sintió teñido de una coloración germana pura, que en lugar del anterior gris parisiense, lo volvía de un matiz sucio de cerveza bábara.

Pero este nuevo matiz no se llegó a acentuar.

Franco, rápido, mordió a los alemanes y los puso en inverecunda fuga, cuya ver-

güenza fué atenuada, eso sí, por consonantes bárbaras, rezongadas con el dulce acento peculiar a los hijos de la suave Germania.

Franco los mordió con su puño de hierro dulce latino, y el señor de Aretal, más definidamente gris que nunca, se alejó del brazo de su fiel amigo, lleno de la indiferencia y de la majestad de una realeza ofendida.

*
* *

Cuando regresamos de nuestro oportuno paseo bajo el enervante sol del medio día, el señor de Aretal, que ya había concluído el tratado sobre la fertilidad de la Judea, se enfrascaba en un no menos interesante estudio sobre el baile en la antigüedad. Temeroso de una nueva ración de sol canicular, me preparaba a despedirme, cuando llegaron, en animado grupo, dos o tres de los elevados artistas jóvenes que rendían parias al señor de Aretal y se agrupaban en torno suyo, como en torno de un joven maestro.

Los dioses propicios hicieron que los recién llegados fueran almas de selección, y el señor de Aretal se doró todo luminosamente. Eran, copiando su expresión, el gran poeta fresco y odorante de Centro América,

Alfonso, y la fina alma de gatito o de mujer, de Roberto. El señor de Aretal se volvió fresco como las rosas de Engad, húmedas de rocío, y sutilísimo y quebradizo y femeninamente delicado e inofensivamente maligno, como una mujer, un gato o un artista.

Figuraos lo que el señor de Aretal sería entre tres almas como las nuestras. Fué una regia sala con muros y techos de espejos, que multiplicaron, alejaron, acercaron y diafanizaron nuestros espíritus. Llegó a última hora Carlos. Un alma que no amo, pero a la que admiro, respeto y estimo, porque es dura, pequeña, penetrante y necesaria e individual como una espina. Fué la espina de nuestras rosas de luz. Pero una fina espina, tan bellamente acabada en punta, con tan divino buen gusto redondeada en su pequeñez, como el mórbido talle de una palmera. La maravillosa catedral de Heliópolis no es otra cosa que la fiel copia de la arquitectura maravillosa de una espina. Algo redondeado que se eleva hasta los cielos y a medida que sube se diafaniza. El arte arquitectónico empezó copiando a la naturaleza: las primeras bóvedas eran imitación de las formadas por los árboles: las

pirámides de Egipto no son sino la achatada espina de un rosal, porque la geometría está en el alma íntima de la naturaleza.

Y entonces, los cinco empezamos a tejer un maravilloso torzal. Aretal pidió vino. Nos mojábamos las manos, es decir, las bocas, y contribuíamos con nuestro hilo. Nuestras redondas cabezas parecían los vientres inagotables de arañas gigantescas, tal maña se daban en prolongar filamentos maravillosos. ¡Y qué divina tela la tejida!: pudiera ser el velo de la reina Mab o el impalpable velo de Maya. Cupiera, como en un cuento de las Mil y Una Noches, en una cáscara de nuez y abarcara después el área en que se afincaba una ciudad. Cuando nuestros dedos se entorpecían, los mojábamos en vida o en vino. Mis compañeros tenían una curiosa manera de darme de beber. Avaro como siempre de mi conciencia humana, me había resistido a ingerir alcohol. Pero observaron que sus emanaciones me embriagaban más rápidamente que a ellos las libaciones y acercaban las copas rebosantes, antes de apurarlas, a mis narices prolongadas de rey o de papa: los movibles cartílagos se distendían sensualmente y me tornaba beodo perdido en una mara-

villosa y fina beodez de opio o de hatchis. Me embriagaba de emanaciones de vino y de emanaciones de espíritus embriagados. Fuí el más loco de todos. Me subía a las espaldas de las sillas, en maravillosos equilibrios, como un loro o una grulla. Los muchachos, que estaban tan beodos que entendían mi pobre alma de pájaro, me tendían un dedo y yo trepaba por él y agitaba las alas. ¡Y les estaba tan agradecido de que al fin me entendieran, de que no lastimasen mis sedosas plumas, de que comprendiesen mi arquitectura de ave acuática, de que no encontraran ridícula mi prolongada nariz de ave, mi pequeña cabeza inclinada hacia adelante, mi plumaje gris y mis patas de flamenco! De todos los animales ¿a quiénes creeis que les van mejor los anteojos? A las aves sin duda. Hay algunas, como los buhos y los gallos, que tienen redondos ojos laterales que parecen lentes. Pues bien, como tienden a considerarme como hombre, no perciben la gracia de mis anteojos de oro, no la han percibido sino esta vez de mi relato en que estaban borrachos y eran almas de elegidos.

Sí; no perciben mi pobre alma de pájaro, de alas mutiladas, mi odio al contacto de la

tierra, mi amor al agua y a los plateados peces, mi gravedad, mi inmovilidad y mi triste silencio de grulla. Todo lo que me dijeron las plácidas corrientes de agua, las verdinegras superficies misteriosas, en que, bajo el cerrado follaje de los árboles, crece la valinceria, y que me llena el alma, aún no ha encontrado expresión ni oyente. Yo traigo al mundo una revelación de aves y aún no hallé un alma gemela de grulla que me escuche...

Yo quisiera contar, sobre todo, la historia de la valinceria, que he escuchado. La valinceria tiene sus raíces en el limo, bajo las aguas. En sus raíces hay una innata aspiración hacia medios más tenues. La ahoga el medio denso que la rodea: ella ama el agua, pero presiente el aire. Y se prolonga dolorosamente en un largo tallo, que es la más sagrada aspiración hacia Dios que conozco. Cuando llega la época de su fecundación, redimida por el amor, al fin hace emerger sobre el agua una límpida flor de anhelo. Llega, flotante, salido de ella misma, el espíritu viril que ha de hacerla concebir, y la llena. Y entonces, el tallo, resignadamente, se vuelve al limo de su origen; gesta un vástago y muere. Del loto indio ya se

hizo el símbolo de la aspiración hacia Dios.

¡Pobre grulla de patas esqueléticas, cómo dijiste en aquella misericordiosa reunión en casa del señor de Aretal algo de tu sabiduría de agua y de sombra! ¡Y aquellos buenos muchachos no te llamaron loca y besaste sus manos, temblorosa. Tu verdinegro hilo formó parte de la maravillosa tela urdida, que corrió de espejo a espejo, como la red que una sociedad de arañas tejiera para apresar revelaciones de espíritus superiores.

Pobre tela: al día siguiente la barrió la cocinera.

Mas cuando, con todo entusiasmo, la tejíamos, cayó en ella, pesado, rompiendo hilos, pero sin poder libertarse, una presa mayúscula: cayó León Franco. Cayó, cantó, lo amamos: lloramos las lágrimas de sus bambucos. Los muchachos besaron su boca de perro. Era como la apoteosis de la grulla y del perro: los milagrosos muchachos, que habían entendido un alma de ave bien pudieron entender un alma de can. La hermana grulla lo presentó en su verdadera personalidad:

—¿Por qué no te cansa tu eterno descanso?
Tú tienes los ojos de un gran perro manso.

—Perro, sí; clamaron todos: un perro que es casi un león.

Y el fresco y odorante poeta de Centro América, afirmó:

—Es cierto: me da la sensación de un perro.

—En verdad, asintió la fina alma de gatito, este Franco parece un perro.

Y Carlos:

—En sus ojos tiene toda la leal mansedumbre de un perro.

Aretal no dijo nada: se habla de las nuevas verdades y ya para Aretal era una anciana verdad.

*
* *

Al día siguiente de esta aceptación de la verdadera personalidad de Franco, cuando, enfermo como al alba que sigue a una noche de orgía, acudí a rendir mi homenaje al palacio de Aretal, encontré a éste, sobre el lecho, lleno de contusiones causadas la noche anterior por Carlos, en un juego al que llegaron ambos, en el último grado de la embriaguez. Parado frente a la mesa de trabajos literarios de nuestro huésped estaba León Franco, gozoso como un perro bien comido cuando sale de paseo, en compañía

de su amo, montado en gentil corcel, después de varios días de encierro en la perrera, en una lavada mañana primaveral. Es que Franco se iba: se iba al fin. En su diestra orgullosa había un grueso rollo de hojas volantes, recién impresas. Leí:

PROGRAMA DE LA GRAN FUNCION QUE LOS TROVADORES COLOMBIANOS DARÁN EN PUERTO LOBOS EL DIA DE TANTOS, BAJO LOS AUSPICIOS DEL MUNIFICENTISIMO SEÑOR GOBERNADOR DE ATALANTA.

Seguían diez números interesantísimos.

El buen amo del cielo repetía su dádiva, para satisfacer el puro anhelo de Franco. Sólo que ahora, paternalmente, se la daba en una forma llena de previsión. Ya no en contantes monedas, que un perro sólo sabrá romper o perder, sino en la de una clara senda, en que no cabía perder el rumbo. Una divina idea iluminó el camino. La divina idea fué la de que bien podía Franco dar una función en un puerto para obtener el precio del pasaje. Fué dada por medio de Aretal. El buen Franco albergó esta idea salvadora en su cabezota de perro. Cuando

la inició Aretal, éste y su amigo encontraron pronto un obstáculo: los trovadores tenían que ser dos; una mancuerna, como decía Franco. Uno solo no era comprendido por el flamante artista ni lo comprendería el público. Por fortuna, Aretal era un hombre fecundo en recursos y halló lo que faltaba: un mondo y lirondo trovador colombiano nacido en Santiago de Chile. Un buen muchacho, que sabía cantar canciones de la tierruca y que además disponía de los fondos necesarios para pagar la traslación en ferrocarril, hasta el puerto, de los líricos trovadores colombianos: un buen muchacho, amigo de las aventuras y del ocio, que sobre todo esto era dueño de alguna más iniciativa y algunas más ideas que un perro. Un hallazgo, un verdadero hallazgo.

Franco partió a los dos días. Pero yo lo siento cerca porque lo recuerdo y le tengo afecto. Soy como un amo que llora la ausencia de un perro fugitivo. No he encontrado ningún otro tan noble: a lo más, hallo gozquecillos o bonitos y menudos perros de agua; los he regalado a amigas afectuosas, de salones amueblados con buen gusto: ¡pero un leal perro: un perrote noble!

Franco no se ha ido. Lo siento cerca. Re-

cordar es poseer: es vivir y dar vida. Así como hay vivos olvidados que están muertos, así hay muertos recordados que están vivos, y ausentes que sentimos cerca de nuestro corazón.

Habéis visto esos perros solicitados hacia el hogar doméstico por un miembro de la familia de sus amos, que queda; y que, a pesar de esta atracción, al fin se deciden a seguir a otro miembro de la misma familia, que marcha. Así Franco vió a un amo invisible y lo siguió.

Franco emprendió un trotecillo corto; volvió a ver a Aretal y a mí, sus amos; aulló dolorosamente; y, siempre con el mismo trotecillo corto, se perdió en la calleja vecina: la odorante Honduras.

ÍNDICE

	Págs.
Introducción	VII
El hombre que parecía un caballo	1
El trovador colombiano	24

EDICIONES SARMIENTO

Director: J. García Monge

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, C. A.

Apartado 533

CONDICIONES:

Precio del cuaderno	¢ 0-50
La serie de **12** cuadernos, pago anticipado, y solicitada directamente al Editor	5 00
Para el exterior: La serie de **12** cuadernos.....	$ 2-50 oro am.

CUADERNOS PUBLICADOS:

1 —Juan Maragall: *Elogio de la palabra.*
2.—Clarín: *Cuentos.*
3 y 4.—José Martí: *Versos.*
5.—José Enrique Rodó: *Lecturas.*
6.—Enrique José Varona: *Lecturas.*
7.—Herodoto: *Narraciones.*
8.—Almafuerte: *El Misionero.*
9.—Ernesto Renán: *Emma Kosilis.*
10.—Jacinto Benavente: *El príncipe que todo lo aprendió en los libros.*
11.—Silverio Lanza: *Cuentos.*
12.—Carlos Guido y Spano: *Poesías.*
13.—Andrés Gide: *Oscar Wilde.*

PROXIMAMENTE:

Eugenio María de Hostos: *Un discurso memorable.*
Max Henríquez Ureña: *Georges Rodenbach.*

LOS JUICIOS

Muy digno de ser leído lo que Ud. publica sobre Oscar Wilde.

.....

El cuento de Narciso es delicioso. ¿*El Discípulo* a que allí se alude será la novela de Bourget que lleva ese título? ¿Hará ello referencia a la conducta de Bourget con respecto a su maestro Taine?

RICARDO JIMÉNEZ

(De una carta al Sr. G. M.)

Desdén con el Desdén). Prólogo y notas de don Narciso Alonso Cortés.

Nº 33.—Fray Luis de León: *Los nombres de Cristo*. Tomo II. Prólogo y notas de don Francisco Rodríguez Marín.

Nº 35.—Rojas: *(Entre bobos anda el juego* y *Del Rey bajo ninguno)*. Prólogo y notas de don Federico Ruiz Morcuende.

Nº 36.—Cervantes: *Novelas ejemplares*. Tomo II. Prólogo y notas de don Francisco Rodríguez Marín.

Nº 37.—Ruiz de Alarcón: *Teatro. (La verdad sospechosa* y *Las paredes oyen)*. Prólogo y notas de don Alfonso Reyes.

Nº 38.—Luis Vélez de Guevara: *El diablo cojuelo*: Prólogo y notas de don Francisco Rodríguez Marín.

PUBLICACIONES
DE LA EDITORIAL-AMÉRICA
Biblioteca ANDRÉS BELLO

ÚLTIMOS TOMOS PUBLICADA, A 3-50 PTAS. c/u.

31 y 32.—José Enrique Rodó: *Motivos de Proteo*.
33.—Manuel Gutiérrez Nájera: *Cuentos color de humo* y *Cuentos Frágiles*.
34.—Miguel Eduardo Pardo: *Todo un pueblo*. (Novela).
35.—Manuel Díaz Rodríguez: *De mis romerías* y *Sensaciones de viaje*.
36.—Enrique José Varona: *Violetas y Ortigas*. (Notas críticas).
39.—Juan Montalvo: *Mercurial eclesiástica*.
40 y 41.—José Enrique Rodó: *El mirador de Próspero*.
42.—R. Blanco-Fombona: *Cancionero del amor infeliz*.
43.—Rafael María Baralt: *Letras españolas*.
46.—Miguel Antonio Caro: *Páginas de crítica*.